

Adiós, Chester Binder

Ángeles Durini

Ilustraciones de Anabel Fernández Rey

loquelego



Entrar
a la casa
que era mía

era el jardín
un patio de piedra.

Mi jardín
era el silencio.

7

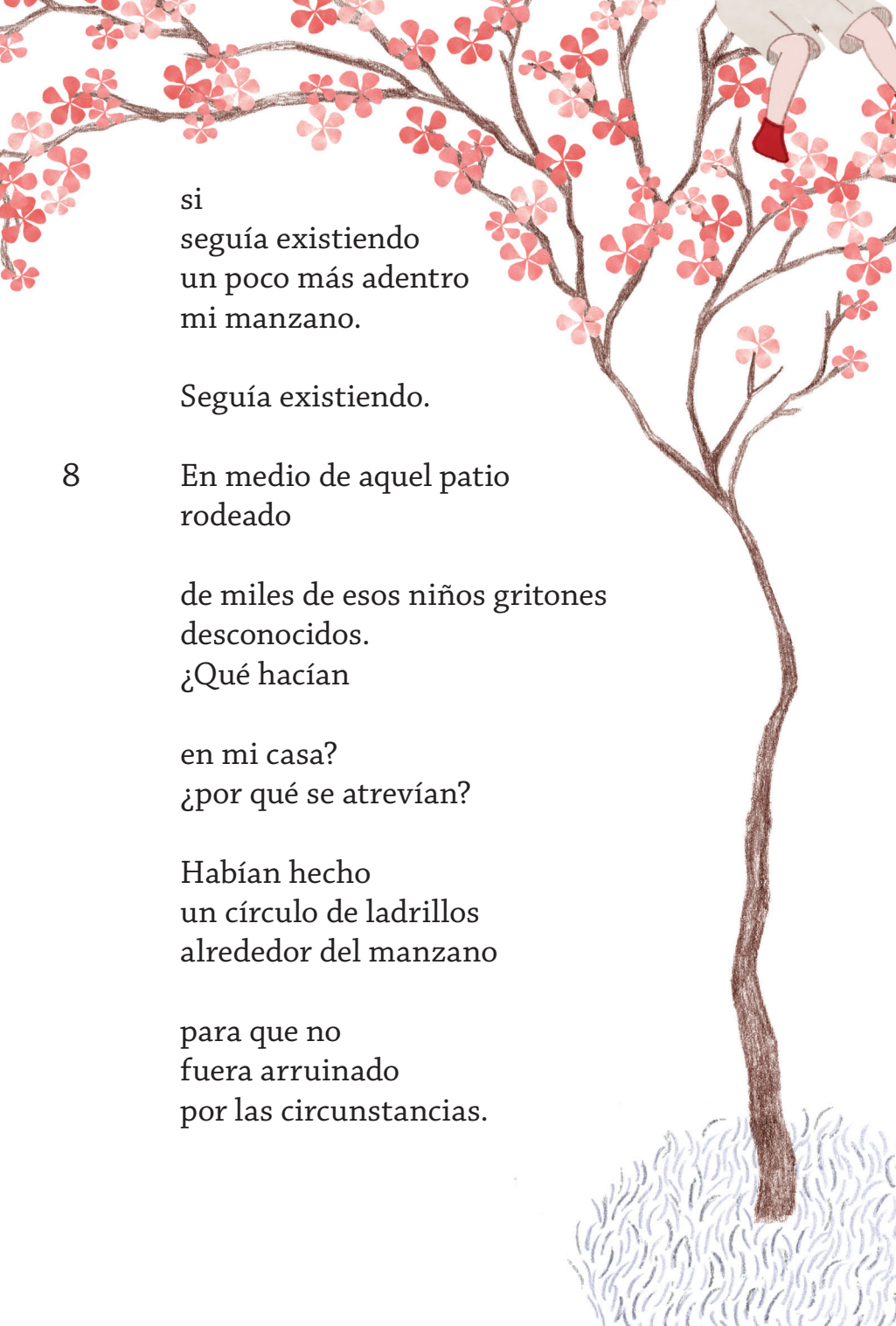
Un ruido de mar escandaloso
miles de niños
chocándose,

cómo podían
estar contentos
tan temprano.

Yo
me quedé
estática

paralizada
apenas avanzada en algunos pasos
solo para ver



A stylized illustration of a tree with a brown trunk and branches. The branches are covered in small, five-petaled red flowers. In the upper right corner, the legs and feet of a child are visible, hanging from a branch. The child is wearing light-colored shorts and red shoes. The tree is set against a plain white background.

si
seguía existiendo
un poco más adentro
mi manzano.

Seguía existiendo.

8 En medio de aquel patio
rodeado

de miles de esos niños gritones
desconocidos.

¿Qué hacían

en mi casa?

¿por qué se atrevían?

Habían hecho
un círculo de ladrillos
alrededor del manzano

para que no
fuera arruinado
por las circunstancias.



Me acerqué
tan despacio
y comprobé

que lo rodeaba
un trozo de tierra.
La misma tierra

9

que antes
habían pisado
mis pies.

Un montón
de niños,
tres o cuatro,

apiñados
sobre aquel murito

horrible

de ladrillos
para proteger



lo único
que habían dejado
en pie.
A mí

y al árbol.

10

Los dos
nos encontramos
en lo que una vez

fue nuestro jardín,

ahora lleno de gritos
extraños.

Pero
me faltaba
lo peor:

un timbre aturdió mis oídos
sonó
por todo el patio

un rato largo.

Los niños
se callaron al instante
congelados.

Yo los miraba
girando la cabeza
por fin respirando.

11

El único movimiento
en ese patio
era mi giro.

Cómo podía ser
que todos aquellos
niños

hubieran quedado
como una estampa:
con cara de graciosos

con un brazo levantado
una pierna
una mueca.

De pronto
un nuevo timbrazo
violento

y los niños
en silencio

12

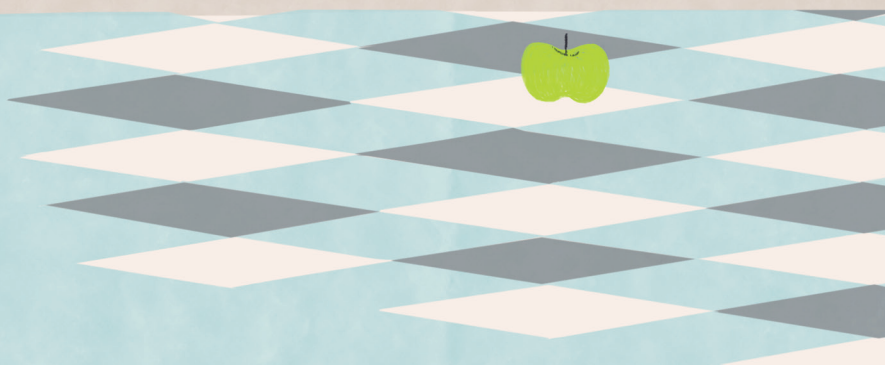
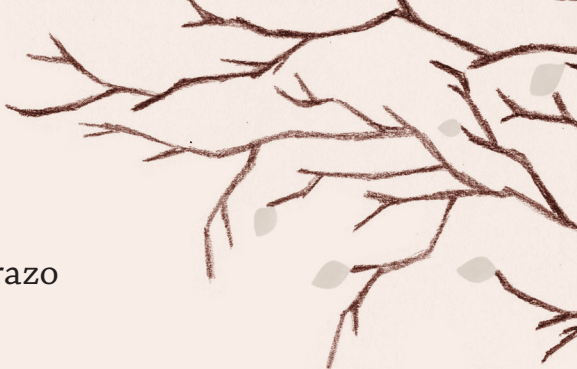
con algunas risas
comenzaron a moverse
casi muñecos

giraban sus cuerpos
sobre las piedras
de mi patio.

No, perdón,
eso nunca

podía ser un patio mío

nunca.





Eso era
un patio
con un árbol.

El pobre árbol
siempre
era mi casa

14 cuando jugábamos
al poliladron.

Los dibujos
de aquellos niños con sus pies
sobre las piedras

los llevaron
a todos
a formar filas

y a dejar
el patio en orden
frente a las puertas de atrás

de lo que un día,
la primavera pasada,

fue mi casa
y la casa de mis primos
y la de mi abuela.

Todo el colegio,
prolijo,
ocupaba

ocupaba
y ocupaba mi jardín
donde ya

15

no quedaba pasto

ni la tierra
en la que yo dibujaba
mis redondeles

mis monigotes
mis triángulos
mis letras

mi nombre.

Sobre esa tierra
saltábamos con mi amigo Chester

y dejábamos las marcas
de nuestras huellas.

Cuando yo era
Chester Binder
saltaba mucho más alto

16

y mucho más largo
que cuando yo era yo.

Ahora solo había quedado
un pedacito de tierra rondando
aquel manzano

mi manzano.

Y una amenaza
para los que no
se paralizaran frente al timbre:

quedar rodeados
de una pila
de ladrillos.

De pronto
me di cuenta
de que me encontraba sola



fuera de las líneas

en donde estaban todos
firmes
y a distancia.

Calculé cuál
sería mi grado

y
arrastrando

la mochila

me puse
en una fila detrás

de unos que vi
más o menos

de mi tamaño.

